

Continuidades de un género patricio: el libro de viajes de Juan B. Terán

Carlos Hernán Sosa
(Universidad Nacional de Salta, CONICET - Argentina)
E-mail: chersosa@hotmail.com

Resumen

Este artículo intenta revisar algunas continuidades y rupturas con la tradición literaria del 80, observables en el libro de viajes *Lo gótico, signo de Europa* (1929), del escritor argentino de origen tucumano Juan B. Terán. El texto se inscribe en una genealogía fecunda de la literatura rioplatense, la de los viajeros a Europa que ha sistematizado David Viñas. En relación con estas continuidades genéricas, optamos por un estudio donde se subrayan las permanencias y cambios que la perspectiva de un autor provinciano puede aportar, al momento de inscribir una mirada patricia que responde a la más rancia tradición del libro de viaje en Argentina. En esta preferencia discursiva radica uno de los ejes de significación del volumen, pues se privilegia la articulación con la producción decimonónica de la literatura porteña no popular, antes que con las líneas más renovadoras que ofrecía la vanguardia contemporánea.

Palabras clave: literatura argentina, centro-periferia, libro de viaje, Juan B. Terán.

Continuities of a patrician genre: the travel journals of Juan B. Terán

Abstract

This article tries to review some continuities and ruptures with the tradition of Argentine literature of 80 in the travel journals *Lo gótico, signo de Europa* (1929), by Juan B. Terán, an Argentine writer of Tucumán origin. The text is inscribed in a genealogy fruitful

literature of the Río de la Plata, the travelers to Europe who David Viñas has systematized. In relation to these generic continuities, we opted for a study which outlines the permanence and changes the perspective of author of a province can provide, at the time of registration a patrician gaze that responds to the most ancient tradition of the book of the travel journals in Argentina. In this discursive preference lies one of the axes of the significance of the volume, as it is privileged joint with the nineteenth-century literature porteña not popular production, rather than the more innovative lines offered by the contemporary avant-garde.

Key Words: Argentine literature, center-periphery, travel journals, Juan B. Terán.

Breve CV

Carlos Hernán Sosa es profesor y licenciado en Letras, egresado de la Universidad Nacional de La Plata, y doctor en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán, en Argentina. Se ha desempeñado como docente e investigador en la Universidad Nacional de La Plata y, actualmente, continúa con dichas tareas en la Universidad Nacional de Salta (en la Sede Salta y en la Sede Regional Tartagal). Es becario posdoctoral del CONICET. Sus intereses en el campo de la investigación se circunscriben a la literatura argentina. Como resultado de estos estudios, ha elaborado su tesis de doctorado -con el tema “La confluencia de géneros discursivos en la escritura de las primeras novelas de Eduardo Gutiérrez”- y ha publicado artículos sobre el ámbito de su formación en revistas académicas y capítulos en libros coordinados por especialistas en el área.

“Mezcla de universitarios y de hombres de mundo, [los prosistas fragmentarios del 80] formáronse en los libros y en los viajes, frecuentaron las imprentas y la política, alternaron las tareas del gabinete con las charlas del club, gozaron de la vida, revelaron en sus obras su temperamento, y dejaron en pos de sí artículos, ensayos, anécdotas, impresiones, memorias, narraciones breves, impregnadas de experiencias autobiográficas o de observaciones sobre el ambiente en que vivieron”.

Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata.*

Cuando se historiza la emergencia y consolidación del campo literario en Argentina, un proceso que para algunos autores (Altamirano y Sarlo, 1997 y Dalmaroni, 2006) alcanza pleno funcionamiento hacia el Centenario mientras que para otros tiene antecedentes significativos ya desde comienzos de la década de 1880,¹ la focalización de la mayoría de los estudios privilegia el ámbito de la ciudad de Buenos Aires. Es decir, que en realidad lo que se está postulando no es la emergencia del campo literario en Argentina -entendida aquí como una panorámica que, mínimamente, considere lo que ha ocurrido en otros centros de gestión cultural del país, en particular, en algunas capitales de provincia-, sino la de un espacio acotado y restrictivo en particular, como es el ámbito porteño.

Los procesos de canonización de la literatura nacional argentina estabilizaron esta visión sinecdótica, a partir de Ricardo Rojas (1948), y no sufrieron significativas variaciones en los sucesivos intentos posteriores de la historiografía literaria. Excepto algunas propuestas, no casualmente gestadas en ciudades del interior del país² -que, por

¹ En líneas generales, el texto que mayor sistematicidad alcanza al plantear las condiciones necesarias (circuitos editoriales, ampliación del lectorado, profesionalización de los escritores, etc.) para la emergencia del campo literario porteño hacia 1880, es el imprescindible libro de Adolfo Prieto (1988). Por otra parte, los textos de Alejandra Laera (2004) y Fabio Espósito (2009) amplifican cuestiones referidas a este asunto, aunque se encuentran ambos especialmente interesados en analizar un problema específico como es la emergencia y consolidación del género novela.

² Con el fin no resultar excesivos, destacamos solo algunos de los textos críticos más representativos, generalmente pertenecientes a autores individuales o a grupos de investigación afincados en universidades situadas en el interior de Argentina, que abordan esta temática de manera particular: AAVV (1982), Beatriz

cierto, pueden competir difícilmente con la producción crítica generada en los ámbitos académicos centrales-, no se avanzó hacia perspectivas más inclusivas que de hecho complejicen un examen de conjunto al analizar estos diferentes ámbitos de producción literaria en Argentina.

De esta manera, cuando se redirecciona la mirada para analizar fenómenos producidos en otros centros diferentes al de Buenos Aires, surgen discrepancias y oposiciones que agrietan la perspectiva general modelada a partir de una lectura ceñida al escenario capitalino. Esta situación, que advierte sobre la imposibilidad de salvar ciertas limitaciones y parcialidades, también se presenta al momento de analizar la obra de Juan B. Terán, autor de origen provinciano que tuvo una prolífica producción y un significativo desempeño intelectual en su ciudad natal, San Miguel de Tucumán. Tal como ha sido estudiado por Soledad Martínez Zuccardi (2005 y 2012), la figura de Terán bascula todavía entre tensiones generadas por las propias indefiniciones de la lógica del campo cultural tucumano a comienzos del siglo XX. La trayectoria intelectual del autor es sintomática de estas inestabilidades y, por lo tanto, su persona debe ser considerada aún como representante de los “intelectuales en vías de profesionalización y [las] figuras intermedias entre éstos y los *gentlemen*” (Martínez Zuccardi, 2012, 82) de fines del siglo XIX.

En uno de los últimos análisis orgánicos sobre la emergencia de los escritores profesionales a comienzos de la década de 1880 en Buenos Aires, Alejandra Laera (2004 y 2008) contrapone y aproxima dos figuras emblemáticas: la de Eugenio Cambaceres, como exponente del escritor *amateur* -todavía cautivado por las convenciones y la familiaridad del restringido cenáculo de la elite letrada-, en confrontación con el accionar de Eduardo

Ocampo (2004), Gloria Videla de Rivero (2000 y 2002), Elisa Moyano (2005), Octavio Corbalán (2008), Fabiola Orquera (2010) y Soledad Martínez Zuccardi (2012).

Gutiérrez, representante del autor profesional moderno, seducido por las tentaciones de la producción literaria popular. En esta contraposición entre el *amateur* y el profesional, donde Alejandra Laera ordena dos series de producción literaria en el 80 que contribuyen con diferencias complementarias a la emergencia del campo literario porteño, se recupera la figura de los *gentlemen*-escritores, que David Viñas (1994) había señalado como representativa de los autores patricios del período.

La figura del escritor *gentleman* se opone a la tarea sistematizada, rentada y enmarcada en un proyecto literario sostenido en el tiempo que define a los autores profesionales, por lo cual privilegia una relación menos dogmática con la literatura, a la que es posible abocarse cuando el tiempo libre de otra profesión así lo consiente. Si el tiempo para la escritura es aquel “tiempo perdido” -tal como ha titulado uno de sus libros Eduardo Wilde, otro autor canónico del 80 argentino-, la tarea literaria aparece entonces como subsidiaria de categorías *menores* como lo lúdico, el *hobby*, el desinterés económico e incluso lo prescindible pues, como ha señalado con fina ironía David Viñas, los *gentlemen* “solo se reconocen como profesionales de la vocación” (Viñas, 1994: 195).

Efectivamente, el retrato autoral de Terán se asocia con esta figura decimonónica del literato, entre otros motivos, porque comparte con los representantes de los *gentlemen* porteños³ una ubicación privilegiada en la elite política local tucumana, una posición socioeconómica exitosa -en términos pecuniarios y de presencia sociocultural garantizada- y un decidido afán por la producción intelectual. Éste último aspecto, naturalmente, no

³ Los posicionamientos y lecturas sobre la literatura del 80 en Argentina conforman uno de los conglomerados críticos más denso en la historia de la literatura argentina y su producción crítica. Una de las miradas más renovadoras, que aquí nos orienta, es la de Josefina Ludmer (1999: 25-87), quien realizó una de las últimas revisiones sistemáticas más originales sobre la producción integral de los autores patricios del 80 -tanto los considerados canónicos como los periféricos-, a quienes adscribió, con distintos matices, al proyecto político literario de la “coalición del 80”, íntimamente vinculado al proceso de modernización institucional del Estado argentino.

puede interpretarse menos que como una derivación comprensible y explicable sólo desde las prerrogativas antes señaladas, fundadas en la autosuficiencia de un “etnocentrismo de clase” (Grignon y Passeron, 1991). De este modo, en el itinerario de producción de Terán, fuertemente signado por la singularidad sociohistórica tucumana, se observa un fenómeno que para comienzos del siglo XX ya resulta “residual” (Williams, 1980), si se focaliza desde la experiencia concomitante de Buenos Aires.

La pervivencia de la figura del *gentleman* se impone como índice de ciertos retardos y anacronías, que están en consonancia con la falta de uniformidad que acompañó el desarrollo -discontinuo y desigual- de la modernización cultural latinoamericana finisecular; la cual se expresó con notorias disonancias en diferentes lugares del continente, tal como se desprende de los trabajos de Ángel Rama (1985a y 1985b) y Julio Ramos (1989). La pervivencia extemporánea de esta figura autoral ejemplifica entonces el desfase comprobable entre un centro capitalino -como Buenos Aires- y una ciudad de provincia -como San Miguel de Tucumán. Si bien esta última tiene una ascendencia notable en materia de regulación cultural en la región adyacente del noroeste argentino, se presenta periférica si nos detenemos en el estudio de un autor como Terán y establecemos parangones contrastivos con sus contemporáneos en Buenos Aires, ya que las densas redes que el autor supo trazar -y sostener- con la capital del país no resultaron suficientes para superar la conformación de un proyecto creador acotado, en alguna medida, a las limitaciones del incipiente campo intelectual tucumano (Martínez Zuccardi, 2005: 101-165 y 2012: 25-110).

Una de las obras del autor que acerca mayor evidencia sobre estos desfases es su libro de viaje *Lo gótico, signo de Europa* (1929). Este texto de Terán se inscribe en una genealogía fecunda de la literatura rioplatense -la de los viajeros al extranjero- que ha sido

sistematizada por David Viñas (1994 y 1998), y en muchos aspectos resulta un síntoma cabal de la pervivencia de una concepción rezagada del *amateur* decimonónico.

En su libro dedicado a la literatura de viajes, Mary Louise Pratt (1997) analiza las estrategias de fundación discursiva que se ejercieron sobre las colonias desde la hegemonía del imperialismo europeo. Avanzado el siglo XIX, este proceso de miradas se complejiza como un juego de espejos biselados donde ya es posible reconocer tanto la observación extrañada del visitante foráneo como su autoconstrucción subjetiva en un medio otro, una intersección capital en la cual se problematiza la tensión centro-periferia del imperialismo. En el caso de la literatura de viajes en Argentina, Viñas (1994: 13-77 y 1998) propuso un estudio diacrónico desde fines del siglo XVIII, en el que se hilvana la experiencia del viaje y su registro escriturario con los escauceos del pensamiento político y las variables sociohistóricas del país como clave interpretativa del género.

El volumen que Terán publica en 1926, tras su único viaje por Italia, España, Francia y Alemania, se inscribe en esta genealogía literaria y le corresponde, como valor distintivo, la prolongación de la idea del viaje como práctica cultural y de pedagogía exquisita. El carácter residual de esta opción resulta patente cuando se la compara con la experiencia de otros viajeros argentinos contemporáneos de las décadas de 1920 y 1930, en la mayoría de los casos pertenecientes a la clase media de origen inmigratorio, como la dirigente política socialista Alicia Moreau de Justo o el escritor Nicolás Olivari.⁴

⁴ Al respecto, expresa David Viñas (1998), refiriéndose a los viajeros argentinos que visitaron Estados Unidos durante las décadas de 1920 y 1930: «La mayoría de los que escriben su viaje en esos años pertenecen a una clase media de origen inmigratorio, y no se caracterizan por un despilfarro turístico, un ocio diplomático, una perspectiva de político o de estadista, sino que proyectan la posibilidad de entrar en el mercado de trabajo - con mayores o menores “prestigios”» (Viñas, 1998: 217).

En consonancia con estas preferencias, la primera directriz de sentidos, que Terán plantea en su libro, es la tajante distinción entre turista y viajero, como una suerte de autosegregación donde el autor se cifra un “ideologema” de clase (Bajtín: 1994):

Podríamos decir, para pintar su diferencia esencial, que el viajero es abeja y el turista zángano del cosmopolitismo. Aquél lo elabora, éste lo disfruta.

Uno de los más activos obreros del espíritu humanista, de la comprensión y amistad de las acciones, ha sido, sin duda, el viajero. Baste recordar a Herodoto, que reveló al Egipto, a Marco Polo, que reveló el Extremo Oriente. (Terán 1980: 79)

El narrador, naturalmente, se reconoce como hijo de esta aristocracia de viajeros y visionarios e invalida, con frecuencia, la lógica economicista del turismo -el nuevo opio de Occidente, la “pérfida mezcla de excitante y de beleño” (13)- al que percibe como un “donjuanismo” (15) denigrante de la modernidad, como una manifestación de la crisis que atraviesa la propia cultura occidental.⁵ Esta percepción elitista se complementa con la desconfianza hacia las formas democratizadoras del consumo cultural de la vida moderna - como el cine o el “dancing”-, que entrañan para el narrador instancias superficiales e ilegítimas para acercarse al saber. Tras estos soportes explícitos que conforman la primera agrimensura ideológica del texto, resulta necesario identificar las revelaciones que la mirada del viajero conspicuo se propone descubrir en su paso por el viejo mundo.

Entre estas, el fenómeno de la manifestación política de masas -que tiene por entonces en Europa sus focos más sintomáticos- constituye uno de los diagnósticos más urticantes para el narrador viajero. Tal vez por eso, el registro de su participación en un acto multitudinario de Benito Mussolini en Roma puede disimular apenas la admiración ante el “extraordinario dominador de muchedumbres” (18), cuya predica constante “es heroica” (19) pues tiene como fin “corregir a los italianos” (20). Así, el Duce deslumbra en el rol de

⁵ En este sentido, Terán (1980) reconoce explícitamente que en Europa están renaciendo la espiritualidad y la universalidad, “dos espléndidas afirmaciones medioevales. En ellas se fundan las esperanzas de que la cultura occidental supere la crisis que ha hecho anunciar su agonía” (Terán, 1980: 11).

pacificador que “dio el orden a una sociedad trastornada por la locura proletaria y bolchevista desbordada de los diques tradicionales” (21); y, por ende, su accionar disciplinador del comunismo, según el narrador, permite justificarle incluso el ejercicio sistemático de la “santa violencia” (20).⁶

La erudición de Terán, en el registro literario de éste su primer y único viaje a Europa, asombra a cada paso y compite intensamente con la exhibición del *savoir faire*, en un medio que al narrador -por fuerza de voluntad y experiencia “natural” de clase- le resulta conocido, y donde sus acciones oscilan entre la exhibición apabullante sobre el conocimiento menudo de la historia y cultura europeas y el gesto *snob* y desaprobador ante quienes no pueden acreditar este cosmopolitismo signado por la naturalidad que sólo parece aportar la buena cuna. Gracias a esta egolatría apenas disimulada, la obra reproduce a cada instante el mismo tipo de enunciador privilegiado que distinguía los libros de viaje de otros autores argentinos, quienes habían realizado sus incursiones por la metrópoli desde fines del siglo XIX, como Miguel Cané o los hermanos Lucio V. y Eduarda Mansilla, reiterando así el retrato -ya algo envejecido en Terán- del argentino que puede desenvolverse en Europa como pez en el agua y hace gala de ello.

Uno de los debates de ideas más interesante que *Lo gótico, signo de Europa* recoge, desde su esfuerzo por estar a la moda en materia de discusión intelectual, es la famosa polémica iniciada por Julien Benda, con su promocionado libro *La trahison des clercs* (1927).⁷ Manifestando abiertas coincidencias con los planteos que el autor francés expone

⁶ Precisamente, y retomando a Giovanni Gentile, un intelectual teórico del fascismo y funcionario de Mussolini, Terán (1980) acuerda en que: “El fascismo repudia la violencia privada, pero no la violencia querida por Dios y por quienes creen en Dios y en el orden. La violencia de la ley que anula la voluntad del delincuente, es una santa violencia” (Terán, 1980: 20).

⁷ Es evidente que estamos en presencia de un índice característico de la escritura del libro de viaje que, en este caso, confirma que el texto de Terán ha sido redactado con bastante posterioridad a la experiencia del viaje mismo, pues el texto de Benda no se había editado aún cuando Terán conoció Europa. Las ideas que Terán

en este libro, Terán (1980) opina que: “Encuentra Benda esa traición en que siendo la función específica de los intelectuales representar la idea de lo universal, lo intemporal, lo ideal, se han puesto al servicio de las pasiones políticas, nacionales y de clase” (43). Como puede advertirse a medida que avanzamos en la lectura de su relato de viaje, la posición del escritor tucumano es conciliadora con la defensa de un humanismo apolítico y, por lo tanto, es coherente con la tesis rectora del torremarfilismo intelectual.

El descreimiento y el recelo hacia las manifestaciones de los totalitarismos que observa en Europa, tanto los de derecha como los de izquierda, y el temor ante el compromiso asumido por algunos intelectuales que deciden difundir estas ideas políticas le resultan particularmente alarmantes para el caso de América. En este sentido, y puesto que los países europeos “han visto en la Gran Guerra la bancarrota del liberalismo pacifista y se refugian en la dictadura militar. La otra fórmula, la de la dictadura del proletariado, es fruto del mismo desencanto. Ambas han encontrado eco en nuestra América, tan sensible a las sugerencias europeas” (Terán, 1980: 54), se lamenta el narrador.

Esta confrontación tácita constituye uno de los aspectos señeros de la mirada bifronte del viajero, quien observa e interpreta desde un desplazamiento permanente, cargado de intersecciones (de espacios, temporalidades, subjetividades y escrituras), que la propia dinámica del tránsito durante el viaje fomenta. Uno de los ejemplos más significativo de esta permanente tendencia al contraste se presenta en el capítulo titulado “Un americano en Berlín”, donde Terán y su esposa rinden homenaje a Alexander von Humboldt. La escena es paradigmática, porque en ella dos viajeros americanos, en recorrida por Europa, rinden homenaje a uno de los más famosos europeos que viajó por

recupera del autor francés sólo pueden haber sido conocidas tiempo después, con lo cual puede especularse que la escritura de *Lo gótico, signo de Europa* es posterior, por lo menos, al año 1927.

América. La conmoción del enunciador fusiona íntimamente desde la afectividad los lazos con el viejo mundo y, así, reconoce paradójicamente en la figura del explorador naturalista a un hermano, a otro americano:

Pero no era para mí Humboldt, en aquel día plomizo de Berlín, simplemente un americano. A la luz del recuerdo de sus maravillosas pinturas de la naturaleza americana no revivía una América ideal. Era otra la América que él había descrito y amado, la América de los trópicos. La América de la que era una porción la montaña donde yo había nacido, el terruño tucumano, con sus bosques profundos, su lujuriosa faramalla de epífitas, las quebradas rumorosas y húmedas, los torrentes magníficos, las lluvias diluvianas que los crean, las puestas de sol, el vivero de estrellas de su cielo. (Terán 1980: 80-81)

Tras el encuentro con la estatua de Humboldt y el ritual de la ofrenda floral, que constituyen uno de los descubrimientos de los aristocráticos viajeros durante la arrancia del desplazamiento, Terán decide escribir una carta al rector de la Universidad local, para expresarle que: “Deseo que sepa que un oscuro escritor argentino ha puesto en ella [el monumento a Humboldt] el testimonio de la gratitud que siente hacia el hombre de ciencia, extranjero, que sirvió más abnegadamente la cultura de América” (Terán, 1980: 81). La cita sintetiza, con fuerza inusitada, el modelo de los vínculos culturales subalternizados de América frente a la metrópoli desde la perspectiva del imperialismo.

En estas expresiones de Terán y la ritualización de los actos que las acompañaron se simboliza, además, una manera fosilizada de asimilar los modelos culturales foráneos, en especial en el caso del escritor americano, con una ponderación acrítica que resulta algo extemporánea y en la que no se advierten, por ejemplo, las revisiones innovadoras y menos dóciles, tendientes a una simbiosis no simplificadora, que comenzaban a proponer por la misma época por entonces las vanguardias artísticas. Prueba elocuente de las limitaciones de la mirada del viajero, las revulsivas manifestaciones de los ismos de las vanguardias históricas no fueron -no han podido- ser registradas por la sensibilidad de Terán, encapsulada en una perspectiva de clase conservadora que, comprensiblemente, no

desplegó sus intereses hacia estas novedades experimentales que, quizás por ser menos preocupantes que las manifestaciones coetáneas en materia política, no despertaron la alarma del narrador visitante.

Concluida la lectura de *Lo gótico, signo de Europa*, la mirada bifronte del viajero sigue poniendo a prueba el juego especular de reduplicaciones de sentidos. Si Europa continúa representando desde la óptica de Terán una “lección viviente de historia” (18), donde un periférico recién llegado puede reconocer los lugares y los monumentos aprendidos en los manuales escolares y ejercitar sus lecciones de francés, resulta previsible encontrar un deliberado recorte de intereses que el narrador digita según su búsqueda de autocomplacencia. Para el viajero americano conocer Europa es un modo de acreditar sus saberes y, en cierta medida, pasar de la especulación libresca a la experiencia *in praesentia*; es decir, es también una instancia de clausura con el pasado que, por tradición educativa de clase, se lleva a costas. A su vez, el contacto inmediato con lo otro es también una forma de fijar itinerarios íntimos por venir; por eso, en este nuevo aprendizaje con prospección futura, cuesta no reconocer la cristalización de asunciones ideológicas del narrador que se materializaron tras el regreso a la Argentina.

En la Europa de posguerra, militarizada y fascista, expectante ante una experiencia traumática como la revolución bolchevique que, en muchos aspectos, resultaba todavía incomprensible, el enunciador parece descubrir aliviado aspectos que señalizan su propio derrotero existencial: “He visto en Europa la supervivencia de aquellas lejanas conquistas y reservas inmensas de vida moral, que me han librado de la pesadilla que contagiaron los agoreros de su bancarrota” (Terán 1980: 11). De este modo, y considerando otros pasajes comprometedores como el siguiente: “No estamos escribiendo una página de historia política sino deponiendo como testigo ocasional. No tenemos derecho ni de juzgar ni de

hacer pronósticos; pero, sin querer, el testigo cuando cuenta, ha implicado en su relato un juicio instintivo” (22); resulta difícil no reconocer, en esta cuidadosa evocación del viaje por Europa, la autofiguración de este hijo patricio de la nación argentina, más cercana al momento de escritura del libro.

Es decir que, junto al recuerdo de la conmoción provocada por el espectáculo de las ciudades europeas, los paseos consumistas y el púdico homenaje a Humboldt, entrevemos los ribetes ideológicos que ha ido alcanzado la propia figura de Terán hacia 1929 -año en que se edita el texto-. El escritor, por entonces rector de la universidad de su ciudad natal, se encuentra en vísperas de renunciar a su cargo, debido a los embates sufridos por los avances de la Reforma Universitaria, un movimiento estudiantil que en Argentina significó la clausura de la universidad como ámbito de formación de las elites dirigentes para dar paso, gradualmente, a una mayor democratización tanto en el ingreso de los sectores medios a la educación superior como también en el gobierno de estas instituciones. Terán se encuentra, además, en la antesala de su consagración política, pues es por entonces un inminente funcionario de gobierno del General José Félix Uriburu, primer presidente *de facto* en la Argentina del siglo XX, quien al año siguiente, en 1930, tras su ingreso al poder mediante un golpe de Estado, facilitará la coronación de la trayectoria política de Terán al incorporarlo a la administración nacional de su gobierno.⁸

El viaje deconstruye distancias y superpone temporalidades, revoluciona las subjetividades de los individuos con familiaridades y extrañezas que les resultan particularmente sensibles. Por ello, en Terán la fascinación resulta incontenible ante

⁸ Sobre este punto álgido de la biografía de Terán, nos aclara Soledad Martínez Zuccardi: «Luego del golpe de estado de 1930, durante los años de la llamada “restauración conservadora”, Terán vuelve a ocupar cargos políticos. Es designado presidente del Consejo de Educación de Tucumán y, poco después, titular del Consejo Nacional de Educación, por lo que se traslada a Buenos Aires. (...) En 1935 es designado miembro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación» (Martínez Zuccardi, 2012: 59).

Mussolini y su dominio totémico sobre las masas, ante la solidez de las catedrales góticas - quizás la metáfora más orgánica y conservadora del volumen, donde se redimen las inquietudes del presente en la calma sedimentada de un pasado que tranquiliza por lo inaccesible. Trasvasada por el presente de escritura, esta reconstrucción significativa de la experiencia vivida en la metrópoli unos años antes deviene extrañada cercanía, donde el narrador intenta tranquilizar su conciencia patricia -y quizás aún sus fracasos personales ante los embates de signos renovadores de la vida moderna-; a la vez que puede justificar, evaluando la experiencia siempre modélica del viaje a Europa, los caminos políticos perentorios para la patria lejana. Si la apuesta resultaba algo imprevisible en 1926 cuando el viajero recorría las calles de París, parece constituir una certeza impostergable hacia 1929, cuando este volumen de Terán, un pequeño breviario del reaccionario argentino, entraba a imprenta al filo del repliegue de la restauración conservadora que arrasó con los avances republicanos en materia política, durante la llamada década infame de 1930 en Argentina.

Bibliografía

- AAVV (1982). *Estudio socio-económico y cultural de Salta*, T. II “Áreas lingüística y literaria”. Salta, Universidad Nacional de Salta.
- ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz (1997). “La Argentina del Centenario, campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel, pp. 161-199.
- BAJTÍN, Mijaíl [Pável Medvédev] (1994). *El método formal en los estudios literarios. Introducción crítica a una poética sociológica*. Madrid, Alianza.

- CORBALÁN, Octavio (2008). *Contrapunto y fuga. (Poesía y ficción del NOA)*. San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- DALMARONI, Miguel (2006). *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y estado*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- ESPÓSITO, Fabio (2009). *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*. La Plata, Al Margen.
- GRIGNON, Claude y PASSERON, Jean-Claude (1991). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- LAERA, Alejandra (2008). “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en Altamirano, Carlos (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, T. I “La ciudad letrada, de la conquista al modernismo”. Buenos Aires, Katz, pp. 495-522.
- (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires, FCE.
- LUDMER, Josefina (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires, Perfil.
- MARTÍNEZ ZUCCARDI, Soledad (2012). *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*. Buenos Aires, Corregidor.
- (2005). *Entre la Provincia y el Continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)*. San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- MOYANO, Elisa (coord.) (2005). *La literatura de Salta. Espacios de reconocimiento y formas del olvido*. Salta, Universidad Nacional de Salta.

- OCAMPO, Beatriz (2004). *La Nación Interior. Canal Feijóo, Di Lullo y los Hermanos Wagner. El discurso culturalista de estos intelectuales en la provincia de Santiago del Estero*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- ORQUERA, Fabiola (edit.) (2010). *Ese Ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un campo "cultural": Tucumán, 1880-1975*. Córdoba, Alción.
- PRATT, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- PRIETO, Adolfo (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana.
- RAMOS, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, FCE.
- RAMA, Ángel (1985a). "La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)", en *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 82-96.
- (1985b). *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo, Fundación Ángel Rama.
- ROJAS, Ricardo (1948). *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, 8 T. Buenos Aires, Losada.
- TERÁN, Juan B. (1980). *Obras completas*, T. IX "Lo gótico, signo de Europa". San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- VIDELA DE RIVERO, Gloria (coord.) (2000). *Literatura de Mendoza*, T. 1. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
- (2002) *Literatura de Mendoza*, T. 2. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

VIÑAS, David (1994). “La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en
Literatura argentina y realidad política, T. 1. Buenos Aires, CEAL, pp. 13-77.

----- (1998). *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos
Aires, Sudamericana.

WILLIAMS, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.